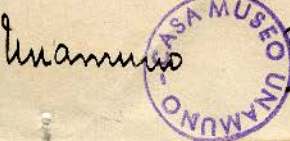


(Así como Aires)



Unamuno

Recordando a Pereda

La Nación

8-318

21 Octubre 1928

(Para La Nación)

Una civilización rústica

LOS que conozcan la obra literaria del novelista montañés D. José María de Pereda recordarán aquella casona de D. Celso de que nos cuenta en su novela "Peñas arriba", que quiso fuese la más épica de las suyas. En el monumento que en el muelle de Santander se le ha erigido a Pereda figura en primer lugar una representación de esa novela. En la casona de D. Celso, en Tudanca—la Tablanca del novelista, que gustaba desfigurar los nombres propios de lugares—he pasado veinte días del mes de agosto, durmiendo en el cuarto mismo en que el novelista hizo morir a su héroe—que heroico fué, así como su modelo—y viviendo la vida del valle y la de la casona.

Tudanca es un lugarejo de menos de cien vecinos en el valle, más bien encañada, del río Nansa, provincia de Santander, a poco más de treinta kilómetros del mar. El río baja, cantando, brizando el sueño de la vida de aquellos montañeses primitivos, celtibéricos, y lamiendo los peñascos rodados y los codones que arrancó a los riscos de la cordillera que sirve de cabezal a España. Desde el valle, o ensanchadura, de Polaciones al de Tudanca, ambos en la estrecha cuenca del mismo río, se abre éste paso por una imponente garganta, la hoz de Bejo. Y fué de soñarla, más que de verla, cuando ya de noche la recorrí, por la carretera, a caballo, volviendo de ver el más hermoso escudo de armas que he visto, en una casona solariega, la de los Montes, en San Mamés de Polaciones, a la luz de la luna llena, de la luz que llamaban de los muertos mis antepasados euscaldunes. Era como cosa de magia, y tanto yo como mi acompañante, el señor actual de la casona de Tudanca, de quien diré, recordamos los fantásticos grabados con que Gustavo Doré ilustró la Divina Comedia del Dante. Parecía aquello la puerta fatídica e imponente del otro mundo, de ultratumba. Del otro lado estaba la terrible realidad que pesa y queda; de nuestro lado el ensueño lunar de la vida que pasa. En el fondo cantaba a la Luna el río Nansa. Los robles y las hayas que vestían las faldas de los riscos se bañaban en la lumbre dulce de la luna, en su lumbre lechosa.

A un lado y otro del río Nansa, en el valle de Tudanca, se alzan montañas y riscos, revestidos unos de robledos y bardos, con avellanos y otras especies además, y altas praderías que cierran el azul del cielo con la verdura de los pastos a los que viene a acariiciar la bruma tufelar. En el fondo, junto al río, los maizales ponen su nota de cultivo casero. Y entre los maizales, junto a la pobre iglesia, está cerrado el huerto de la muerte, el cementerio de Tudanca, sobre el que vigila una cruz de piedra. El Nansa briza el sueño de los soñadores muertos como briza el de los vivos. Y en la paz solemne de aquellos eternos parajes, bajo la mansa cúpula del cielo, sostenida por las cimas montañosas, ocurre pensar si son otros los vivos que fueron los muertos, si no es una misma generación la que bajo diversas figuraciones se sucede, si estos

Tudancos de 1923 no son los mismos que vió y oyó Pereda, los mismos de que hablaba el general D. Gregorio de la Cuesta—de quien os diré a fines del siglo XVIII, los mismos que se defendieron de la morería en tiempos del Rey D. Pelayo, los mismos que en Cantabria lucharon contra el poderío de Roma.

Historia? Allí todo es prehistórico, o mejor, para decirlo con término que puse en circulación, todo es inra-histórico. Donde el río Carrión discurre llanamente por la estepa, entre glevas y arenas, en estos Campos Góticos en que escribo estas líneas de remotos recuerdos de hace cuatro días no más, en esta llanada palentina, la historia, la epopeya, la leyenda romancesca flotan sobre el haz de las aguas calladas del río de Jorge Manrique, pero donde el río, a trechos torrente, Nansa se despeña cantando, entre peñascos, es algo más hondo que la historia lo que nos dice su cantar. Esto es más humano; aquello más tétrico. Por este labrador que se curte al sol ha pasado la historia; sobre aquél pastor montañés a quien ciñe la bruma de las cimas se desliza la civilidad. Y como la cría de su vaca a la ubre materna él se pega a sus montañas.

[Recogido este I artículo en el libro "Pasajes del alma," Madrid 1944, págs. 433-42 M.G.B.]

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

Salte, sí, salte de sus lidos de piedra de la encañada, se va a trabajar en aserrar madera por campos ajenos, pero vuelve a su rincón y es como un sueño, acaso como una pesadilla, lo que vió al sol radiante y sin brumas, al sol de Castilla. Vuelve a la querencia de sus bueyes y sus vacas y sus terneros, cuyo dulce mugido se meje con el rumor del río paterno. Le repugnan las corridas de toros a él que vive del toro y que quiere a la vez con un hondo cariño de convivencia. Hay niño, pequeño, que apenas balbuce, que juega, él solito, a hacer el ternero, poniéndose un rústico collar de avellano al cuello, arrimándose al establo, rascándose contra un poste de la cuadra. ¿Fué él, este hombre, el que domesticó al toro, o fué el toro el que le domesticó a él? El toro le ha hecho civil; la vacada es el fundamento de su civilización. Y tiene que defender de los lobos a sus vacas.

Pereda en su novela describe la cacería de un oso en un escarpe de estas montañas—lo estuve contemplando a poca distancia—pero las historias de lobos son más significativas que las de osos. Y la cacería del jabalí.

Hay una civilidad, hay una civilización en estos lugares, cuya paz empieza a molestar el sordo estrépito del automóvil que recorre la cinta blanca de la carretera que va cificando las faldas de las montañas. Cuando se ve salir el humo del tejado todo de una de estas casas, como el vaho del sudor del buey, que ha trabajado duramente, se piensa que hay civilización, que hay civilidad aquí. Una civilidad en almadreñas y que marcha sobre roca. Y se ve lo que es esta civilidad cuando se tiene la fortuna, como yo la tuve, de asistir al sorteo de las brañas del Prado del Conejo, del prado comunal, solemne acto de comunión civil de que os he de dar más adelante cumplida cuenta.

Esa vida civil, por otra parte, se condensa y como que se encierra en alguna de esas viejas casonas selariegas, infanzonas, con su escudo de

armas, que en los más escondidos repliegues de la montaña—de donde proceden tantos nobles linajes de España—nos dicen de una historia recetada. Y algunas veces de un patriarcado como el de aquel don Celso que encontró Pereda en la casona de Tudanca.

Llamábasele D. Chicho y era don Francisco de la Cuesta. Un curiosísimo retrato, en fotografía, en que aparece de cazador, con su escopeta, en un convencional ámbito de salón donde, a pesar de haber sido licenciado en Derecho, se mantiene cual—se le ve el aparato con que el fotógrafo le sujetó la cabeza—nos lo muestra en una sala de la casona. Encima de él un óleo que representa a D. José Patricio de la Cuesta y Velarde, obispo que fué de Ceuta y de Sigüenza; cerca de él otro de don Gregorio de la Cuesta, capitán general de los reales ejércitos, muerto en 1811; otros dos de D. Antonio y D. Manuel de la Cuesta, hijos, como don Chicho, de un sobrino del general, y otros dos de dos monjas. Y en el archivo de la casona papeles que cuentan historias íntimas, mucho más entrañables que las que forjó un novelista. Historias en que la del valle se une a la universal. Al actual señor de la casona, José María de Cossío, en quien reverdece el espíritu del don Celso perediano debo el conocimiento de estas historias. Os las contaré.

II

La casona de Tudanca

LA casona de Tudanca—la Tablanca de "Peñas arriba" de Pereda—no es muy antigua. Data de hacia 1737 y la construyó un indiano, un peñalero, don Pascual Fernández de Linares, que había salido del valle nativo muy pobre, con un pan y una borona y volvió con dinero para comprar Tudanca toda, o así les pareció al menos a los míserimos tudancos que hicieron su leyenda. Porque la tuvo.

Don Pascual había servido el coronamiento de Lucanas, en el Perú, y fué empapelado por un asunto de contrabando de mercurio, habiéndosele confiscado los bienes. Pero venido a España logró que le absolvieran, hizo imprimir el proceso y en las guardas del ejemplar que se conserva en la casona escribió de su mano que "no sabe lo que son molestias de pleitos quien no trató con un virrey vizcaíno y un presidente criollo, émulos de la prosperidad de

tu



SIEMPRE
MANCA

la Nación Montañesa". El rasgo pinta a un hombre y a un pueblo.

Fue también el don Pascual, gobernador del Callao, y cuando el general D. Gregorio de la Cuesta estuvo en el Perú—donde se casó—escribía desde Lima a 5 de agosto de 1784, a su hermano D. Pedro Juan, casado con la sobrina y heredera de D. Pascual, esto:

"Aquí admiran mucho la integridad y desinterés del nuevo virrey, el caballero de Croix y es que están hechos a ver una serie de estafadores sin límite. Alguno me ha dado noticias del fundador de esa casa y me dice que estuvo gobernando el Callao después del catástrofe de su ruina, en cuya confusión resultaron muchos bienes mostrencos y nuestro amigo, que no lo era, se aprovechó muy bien de ellos; la verdad estése en su lugar. Lo que palpo es que quien no tiene ni procura más arbitrio que sueldos siempre será tan pobre en el Potosí como en la Pereda". Lo que sigue, de gran interés para el conocimiento de la vida económica en el Perú a fines del XVIII, os lo contaré al hablaros más ceñidamente del general. La Pereda es un barrio, tres o cuatro casas, de la Lastra, pequeño poblado, a cuatro pasos de Tudanca, en que el general nació, y "el catástrofe" parece ser un terremoto.

Cuando don Pascual se decidió a volver a su rincón tudanco, a embeberse en su cuna rústica, a fraguarse un linaje y a morir brizado por el canto del Nansa que incubó sus ambiciones de emigrante, avisó a sus parientes, que no creyéndole rico no salieron a recibirle. Sólo lo hizo una su sobrina.

Don Pascual hizo construir la casa y para ennoblecerla con un escudo de armas se hizo fraguar una "Executoria de hidalguía de sangre de don Pascual Fernández de Linares, natural del Lugar de Tudanca, en el Valle de Rioanansa, de las Montañas y Arzobispado de Burgos", que despachado por la Real Chancillería de Valladolid el día 22 de septiembre de 1722 y firmada "Yo el Rey", D. Felipe V, nuestro primer Borbón, se conserva en la casona. El escudo, tallado en la fachada de ella, se divide en cuatro cuarteles: en el primero, de azul, cinco lises de oro, orla general roja y ocho espas de oro, de los Fernández; en el segundo, rojo, león de oro rampante, orla de azul y ocho estrellas de oro, de los Linares; en el tercero, cortado por faja de oro, arriba, de oro, un león rampante rojo, y abajo, de azul,

tres espadas altas, las hojas de plata y las guarniciones de oro, de los Gómez; en el cuarto, en campo rojo un castillo de piedra sobre peñas, al lado derecho un cadero colgado del que sale un estandarte azul y al izquierdo un hombre armado con un venablo a la entrada del castillo. La orla general lleva este lema: "Guardé tan bien el castillo—con este venablo armado—que no fué ninguno osado—a atreverse a combatillo". Esto está en fable que no se hablaba ya en 1722. En el escudo de piedra no hay ni azul, ni rojo, ni oro, ni plata. La piedra no tolera colores heráldicos.

¿Vandades del valle? Don Pascual, cuyo nombre está grabado en uno de los hierros de un balcón de la casona, quiso inmortalizar en leyenda de piedra—in piedra de leyenda—su nombre. Y es que el perulero no era mostrenco. En Tudanca vive, con 88 años a cuestas, el Pito Salces de la novela perediana, el tío Eladio, filósofo cínico, especie de Menipo celtibérico, de quien Pereda escribió que no tenía sentido común. Pero como tiene sentido propio no se resigna a vivir tan sólo en la sucesión de las generaciones—tiene varios hijos, nietos y bisnietos—y aspira a una cierta inmortalidad individual. Dice que le han retratado varios señores, asegura que está en el monumento del muelle—el que en Santander se elevó al novelista—y esto aunque la obra, la novela, tiene, según él, muchos engaños, y el mayor no haberle dado la parte que cree le toca en la caza del oso y acaso haberle cambiado el nombre. Porque esas reglas convencionales de la ficción no las entienden estos hombres de la realidad inmediata y económica.

Las talegas ennoblecieron al perulero de Tudanca por mayor lustre de la Nación Montañesa, de cuya prosperidad eran émulos vizcaínos y criollos. El obispo D. José Patricio de la Cuesta empezó tratando con cierto desdén compasivo al enriquecido tudanco, pero tuvo que acudir a su plata potosina y entonces le llamaba "señor y dueño mío" en sus





cartas. Queda por tradición en Tudanca que Don Pascual, quiso comprar al pueblo el Prado del Concejo y que le pidieron por él la cinta de pesos de plata con que habría que ceñirlo todo, por sus linderos, y que la desavenencia vino de que el regidor pedía que los pesos duros se pusieran y arrimaran de canto y el perulero que fuese arrinándolos de plano, descansando en la falda escarpada de la montaña para que no rodasen.

Erigió la casona, allí, en la ladera de la montaña nativa, dominando al río, entre las de sus convecinos, y en su capilla puso a la Virgen de Cocharcas, en el Perú, a cuya devoción atribuía Don Pascual el haberse salvado en "el catástrofe", el terremoto, habiendo podido así hacerse con los bienes que por haber quedado sin dueño reclamaban uno nuevo. Bienes que fueron el "algo" que le hizo "hidalgo". Y en un aposento de la casona, aquel en que Pereda hizo morir—para immortalizarse—a don Celso y en el que he dormido durante 20 días un sueño de paz, puso, bajo el suelo que cubría la cama, una escotilla que comunicaba con una cámara inferior, toda cerrada y sin más que un pequeño respiradero, casi una tronera, donde se decía que guardaba la plata y el oro y las joyas. Lugar de tesoro que dió lugar al intento de robo de que os contaremos.

El perulero murió sin sucesión directa, dejando en la casona en que dejó su nombre y su escudo de armas a su sobrina, Da. Rosa García de Miranda, la que salió a recibirle, casada con don Pedro Juan de la Cuesta, del vecino lugar de la Lastra, donde tenía su casa solariega, hoy renegrida y desvencijada. Y así este linaje de los Cuestas cruzó el río Nansa.

Desde la carretera se ve esta casona del perulero, que blanquea entre el caserío, con sus balcones que os miran y un túnel para dejar pasar, bajo el yugo de la vivienda solariega, el camino de servidumbre pública. Y la casona siguió y sigue viviendo.

